

03

adiós bilbao, adiós

Joseba
Labarta

«El conductor y los veintitrés viajeros de un autobús que hacía el recorrido Bilbao-Vitoria, entre las 13.15 y las 14.15 horas de la tarde de ayer, resultaron muertos al salirse el mismo de la carretera y precipitarse al vacío por un terraplén con una caída de cerca de doscientos metros» De los periódicos.

..//...

Aquella tarde hacía un tiempo espléndido, como le ocurría siempre que viajaba un sol radiante, poco normal para el mes en que estaban y para aquella ciudad. Después de cuatro horas de viaje, descendía del tren y miraba por si la veía, aunque a lo peor ni había venido a recibirlo.

Él había estado en aquella ciudad hacía algún tiempo y lo único que recordaba eran las aguas sucias de su ría y alguna chica rubia o morena de alguna sala de fiestas en la que entró. Ahora, aquella ciudad había adquirido un nombre propio, un nombre de mujer, Edurne. Por ella había acudido él aquella tarde.

Y ella estaba diferente, distinta a la última vez que él la había visto. Debía ser el aire de allí, su aire, su ciudad. Todo la hacía tan distinta a la mujer que él había abrazado algunos días antes en medio de unos campos de olivos. Ella lo esperaba en la puerta de la estación. Estaba maravillosa. Él la besó en la mejilla y observó un brochazo rubio sobre la frente, en medio de un cabello castaño precioso y sobre unos maravillosos ojos verdes _perdón, azules_ de mujer feliz y radiante. No parecía la misma, pero él la reconoció.

Por la noche, ya en su casa, fue cuando ella le enseñó todas aquellas fotografías y muchas cosas pequeñas. Muchas cosas que solamente le pertenecían a ella. Para ellos era como un ritual,



una ceremonia de entrega, como un descubrirse en pequeño y en secreto.

Aquellos días que él estuvo en su casa fue cuando le dijo que la quería. Bueno, ella ya lo sabía, ¡qué carajo!, él se lo había contado ya en muchas cartas y por eso fue por lo que había acudido a sus últimas citas.

-¿Fue por eso por lo que fuiste a aquellas Fiestas, verdad?

Pero él quería decírselo ahora que era el momento. Cuando él podía abrazarla, tenerla entre sus brazos, besarla, hacerle el amor y todas esas cosas, ¿no? Quería decírselo despacio al oído, mirando los ojos verdes _perdón, azules_, acariciándola. Así era como a él le gustaba.

Esos días fueron maravillosos para ellos. Parecían como sacados de un sueño o algo parecido. Hacía mucho sol pese a ser enero y a pesar del acostumbrado manto de lluvia de su ciudad. Él estuvo muy pocos días allí, pero fueron suficientes, aunque para ellos ni un mes ni un año hubiesen sido bastante en aquellos momentos. La noche que se despidieron Edurne estaba muy triste, extraña, como si no se creyera todo lo que les había pasado en aquellos cuatro días. Él la besaba, junto al tren, y le repetía una y otra vez que la quería y que volverían a verse muy pronto. Y ella no decía nada. Aquella noche pareció intuir que se había encerrado en un círculo cruel, sin salida. Su mirada parecía descubrir que aquellos días, aquellas declaraciones de amor y aquel primer adiós habían comenzado el principio de un final sin remedio posible. Aunque, por otra parte, todo eso no era más que una sensación interior, un presentimiento, algo en lo que no quería pensar ni un instante más. Se querían y eso era lo único que importaba.



Y vinieron las cartas. Unas largas cartas de amor de ciudad a ciudad. Y sus largas conversaciones por teléfono. Él era el que más le escribía y la llamaba, aunque eso no quiere decir nada, ¿verdad?

Luego se sucedieron otras visitas. No pasaba mucho tiempo sin que se vieran. Nunca más de cuatro semanas, salvo la última vez, que estuvieron más de dos meses sin verse. También era él el que más viajaba, aunque ella estuvo una vez en su ciudad. Fue para la primavera.

Sus encuentros siempre eran lo mismo, menos el último, claro. Los primeros momentos, las primeras horas, incluso podía durar los dos primeros días, las cosas marchaban de maravilla, pero después de esos días, todo empezaba a complicarse.

Hacían el amor y en la cama era donde mejor se entendían. Hablaban muy poco. Es cierto que él era muy poco hablador, pero ella también se fue contagiando de su silencio. Él sólo quería estar con ella. Salían a pasear a bailar o a tomar una copa y eso era lo que duraba su felicidad. Al tercer día, ya alguno de los dos había dicho o hecho algo que los enfadaba. Se habían acostumbrado ya a enfadarse para terminar siempre abrazándose y diciéndose que se amaban.

Él era un sentimental, un romántico de los que aún escriben largos poemas de amor a la mujer maravillosa y perfecta que aman. Un idealista y sentimental que lloraba a menudo cuando ella se enfadaba. Edurne era todo lo contrario. No podrían encontrarse dos personas más diferentes. Ella pisaba más en la tierra. Él de verdad que sí la quería. Le había mentado en muchas cosas, y quizás fuese el amor que le tenía lo único cierto de toda su relación. Ella, por el contrario, nunca estuvo enamorada de él, aunque le decía que le quería. En realidad, Edurne nunca había amado a nadie que no fuese ella misma.



II

Como en ocasiones anteriores, él la había llamado para anunciarle su visita. Lo que ninguno de los dos pensaba era que ésta sería la última vez _o a lo peor los dos lo sospechaban_. Y también, como en casi todas las ocasiones, él empezó a divisar su ciudad a través de los sucios cristales de la ventanilla del tren, mientras un tenue sol de agosto se descolgaba entre los altos hornos de la ciudad. Estaban allí de nuevo, después de más de dos meses que no se veían, saliendo de aquella estación y cruzando su ría/agua/sucia hacia el casco viejo.

Ahora, más que antes, después de todo este tiempo, la ciudad había adquirido una nueva imagen. Para él, las ciudades/los pueblos eran como las personas y Bilbao hacía tiempo que había tomado rostro. Una forma de mujer, un nombre de mujer: Eburne. Hacía meses que para él, Bilbao se llamaba con el nombre de ella. La ciudades/pueblos por sí solos no son nada si no se las llena de gente, de hombres y mujeres atravesando calles y poblando parques. Todas son iguales: polución, edificios altos/nuevos, bajos/viejos y coches, muchos coches. Las personas que llenan esos edificios son las que las hacen diferentes. A ellas se las puede amar u odiar, ellas te pueden o no gustar, pero las ciudades, sin sus gentes no son nada.

Evidentemente, para él, Bilbao era un hermoso cuerpo de mujer, con un precioso rostro de ojos verdes _perdón, azules_ y cabello castaño. Eburne era una ciudad a la que amaba con locura y en la que, aún en agosto, le gustaba mojarse.

Esta vez la felicidad apenas había durado un día. Es más, desde el momento en que se encontraron en la estación ambos mantenían una actitud fría y distante, como si fuesen dos desconocidos que se encontrasen por primera



vez en medio de una ciudad vistiéndose de gala para la celebración de su 'Semana Grande'.

Y los días transcurrían iguales, monótonos, tristes, con sol y lluvia. Sin palabras. Apenas hablaban más de dos minutos seguidos. Ninguno tenía nada que decirse. Era como si existiera un acuerdo mutuo, un sometimiento voluntario a la situación que estaban viviendo, sin querer mover un sólo dedo contra lo que les estaba pasando.

Y una tarde, en un bar/verde barra/larga fue donde él se lo dijo. Ya estaba harto de esperarla aquellos días y lo que había sucedido esa tarde era lo último. Estaba con ellos una amiga de ella. Las dos estaban muy compuestas. Iban a una cena/ juerga/fiesta o algo así, y él se quedaba en casa. Ya quedaban muy pocos minutos y él los aprovechó para decirle que se iba definitivamente, que todo había acabado. Para ninguno fue una sorpresa, pero los dos estaban muy tristes.

-¿Él se fue aquella noche, no?

Aquella noche, él le escribió una carta de despedida. Una carta que ya llevaba días escribiendo. A él siempre le faltaba tiempo, y en el caso de ella más, o lo peor lo que les ocurría era que les faltaba valor para hablar de todo lo que les pasaba. Como si no quisieran enfrentarse a la realidad y prefirieran cerrar los ojos.

La cena/juerga/fiesta se debió alargar bastante porque ella llegó muy tarde a casa.

Él, cuando la dejó en la puerta de aquel hotel, se marchó caminando. Y entonces fue cuando telefoneó a su amante. Él siempre ha necesitado amar a alguien, y desde aquel momento que había terminado con ella necesitaba contactar con otra. Tener a otra mujer en su mente. Preocuparse por otra persona.



Saber que había alguien en algún sitio en quien pensar.

Él la estuvo esperando algunas horas y al final se durmió después de terminar de redactar aquella carta. Así que fue al día siguiente, cuando él se marchaba, cuando se la entregó. La besó y se despidieron. Parecía que ninguno tenía la impresión de que aquella fuese su despedida última. Él le decía que le escribiría, que la llamaría. Siempre solía decir eso. Como a todas, le mentía. Él ya no iba a tener ganas de escribirle ni de hablar con ella. Él sabía que aquella mañana, que aquella carta _que ella había metido en su bolso/piel/marrón_ era el broche final a una etapa más en sus días. Y como siempre, esto era lo que más le entristecía, y no ella como él decía. A él nunca le había importado Eburne. Lo que realmente le ponía triste era darse cuenta de que estaba cerrando en aquellos momentos un trozo más de su vida. Había repetido lo de siempre: Que todo había sido muy bonito, y todas esas cosas que se suelen decir, pero eso, a él, le importaba poco.

Y después se marchó de su casa de ella. A las 13.15 horas de la tarde subía al autobús que llevaba veintitantas personas en dirección a Vitoria. Se iba de aquella ciudad de hierro ría/agua/sucia. Se marchaba de ella como antes se había ido de tantas otras. Decía adiós a la ciudad, a las casas, a los montes, al cielo de sol y lluvia de agosto cuando el autobús enfilaba la carretera de Vitoria. Adiós Bilbao, te quiero.

«El gobernador civil de Vizcaya y el alcalde de la ciudad continúan enfrentados por la guerra de las banderas. El programa de festejos de la Semana Grande se desarrolla con puntualidad (...)» De los periódicos.

